

REALIDAD E HISTORICIDAD DE DON QUIJOTE

Por GERMÁN J. BIDART CAMPOS

FASCINADO cada día más por la estupenda figura de Don Quijote, tan grande y genial en la obra única de Cervantes, busqué entre los escritores de mi predilección, exégesis del texto original, y hallé en varios de los evangelistas del héroe cervantino, interesantes concepciones y revelaciones, que trasmito ahora en este artículo bajo el título de "Realidad e historicidad de Don Quijote".

El gran poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín, habla muy a menudo en sus libros de Don Quijote, y llega a interesantes conclusiones, en todo concordes con el pensamiento e interpretación de otro genial cervantino, el glorioso don Miguel de Unamuno.

Don Quijote es real, y es histórico.

Citaré primero párrafos demostrativos, pertenecientes a los autores mencionados, y después diré por qué es histórico y es real.

Zorrilla de San Martín nos dice: "Que en la historia hay otros personajes además de los oficiales, personajes que no están en los archivos, no nos quepa duda, y son más históricos que los que están; más importantes y expresivos. Don Quijote es tanto o más histórico, me parece, que Felipe Segundo..." (El libro de Ruth, pág. 168). He aquí el primer testimonio.

El segundo, de Unamuno, se halla disperso en los distintos capítulos de su obra, "Vida de Don Quijote y Sancho", en su ensayo iconológico titulado "El Caballero de la Triste Figura". A Unamuno le tortura la idea de la realidad del personaje de Cervantes. No tolera que haya negadores de su existencia. Así se expresa en el capítulo 1º

de sus comentarios al Ingenioso Hidalgo, cuando escribe sobre la "tan esparcida cuanto nefanda creencia de que Don Quijote no es sino ente ficticio y fantástico, como si fuera hacedero a humana fantasía el parir tan estupenda figura". En "El Caballero de la Triste Figura" vuelve a repetirlo al decir que "Cide Hamete (el biógrafo del héroe, citado por Cervantes) no hizo otra cosa que trazar la biografía de un ser vivo y real; y como hay no pocos que viven en el error de que jamás hubo tal Don Quijote, hay que tomarse el trabajo que se tomaba él en persuadir a las gentes de que hubo caballeros andantes en el mundo".

Transcripto esto, queda por averiguar lo más interesante, o sea la causa de la historicidad de Don Quijote. Problema arduo, pero que trato de resolver lo mejor posible. Voy a llegar al resultado propuesto, por el método negativo de la eliminación.

¿Es histórico Don Quijote por haber existido en la Mancha un hombre tal como el que pinta Cervantes? No, pues nunca existió "*un hombre*" llamado Don Quijote, hacedor de tales y cuales proezas.

¿Se ha hecho histórico Don Quijote por ser el protagonista de una novela famosa? No.

Entonces, ¿de dónde salen la realidad e historicidad suyas? ¿Es Cervantes el creador de Don Quijote? No, porque el manco de Lepanto no inventó a Don Quijote, ni lo modeló a su arbitrio, ni le dió nacimiento, ni lo concibió. Ya apunté el juicio de Unamuno: no es hacedero a humana fantasía el parir tan estupenda figura.

Y vuelvo a preguntar ¿Por qué es histórico y real Don Quijote? Don Quijote es histórico y es real, porque sin haber existido como individuo, tiene fundamento en la realidad, tiene existencia universal en la historia de España, es una abstracción nacida de un análisis. Se ha tomado lo más grande de la raza, los caracteres heroicos de cada tipo: del guerrero, del santo, del sabio, del artista, del buscador de glorias de todos y cada uno de los "locos", y en seguida se ha fundido todo en un molde, del que salió el Quijote, como arquetipo del genio español, como el "personaje reinante" de las epopeyas hispanas, según la teoría de Taine.

El ideal del caballero hidalgo encierra todos los ideales: "Ciencia, Belleza, Patria... y siempre Gloria", nos dice Zorrilla de San Martín.

A él también pertenece la novedosa concepción de Dulcinea. Zorrilla ve a Dulcinea según el amor de Don Quijote, tan llena de perfeccio-

nes y cualidades, tan por encima de lo que puede darse en un ser humano y creado, que no vacila en afirmar que Dulcinea es el verdadero Dios. "El caballero enfermo que Cervantes conoció tan de cerca tiene una manía: la de cambiar de nombre a Dios... El caballero de la fábula española le llama Dulcinea del Toboso... Todo cuanto ha hecho el loco andariego ha sido, en resumidas cuentas, acto de religión, porque su amor no era otra cosa que amor de Dios...". (El Sermón de la Paz, págs. 246 y 248).

Unamuno también descubre algo más que una mujer en Dulcinea: comprende que ésta es una máscara solamente, y dice: "Amó Don Quijote a la gloria encarnada en mujer". (Vida de Don Quijote y Sancho, pág. 71, Col. Austral). En otros pasajes nota la afinidad espiritual del héroe con los místicos de su propia tierra, y varias veces, después de hacer resaltar sus virtudes cristianas, traza patéticos paralelos entre él y San Ignacio de Loyola.

El mismo escritor español agrega en "El Caballero de la Triste Figura", que "El héroe legendario y novelesco, son, como el histórico, individualización del alma de un pueblo, y como quiera que obran, existen. Del alma castellana brotó Don Quijote, vivo como ella".

Algo semejante insinúa Vázquez de Mella al considerarlo como la representación heráldica de toda la raza. Es evidente, pues, que el Quijote resume los ideales y las grandezas de todos los genios que han buscado la gloria, ya eterna ya terrena. Así como para formar el concepto "hombre", que es un universal, tenemos que ir examinando en cada hombre particular los caracteres comunes a todos los hombres, así para hacer a Don Quijote, fué menester tomar de los héroes españoles el espíritu y las cualidades comunes a todos.

En "El Ingenioso Hidalgo" está escrita toda la historia de España. Don Quijote es un símbolo de los soldados de Pelayo, de los conquistadores de América, de los guerreros de Lepanto; de los místicos y los poetas; en una palabra, del noble y valiente pueblo ibero.

No es otro el sentir del "donquijotesco" don Miguel de Unamuno, cuando apunta: "En una obra de burlas se condensó el fruto de nuestro heroísmo; en una obra de burlas se eterniza la pasajera grandeza de nuestra España; en una obra de burlas se cifra y compendia nuestra filosofía española, la única verdadera y hondamente tal; con una obra de burlas llegó el alma de nuestro pueblo, encarnada en hombre, a los abismos del misterio de la vida". (Vida de Don Quijote y Sancho, p. 205).

Aquí, ante la magnitud del caballero andante, arquetipo del genio de España, digo algo así como una oración profana: "Y el espíritu del pueblo hispano se encarnó en un héroe, y habitó entre nosotros para siempre".

Y vaya un último testimonio de la realidad de nuestro hidalgo, antes de pasar a otros comentarios. Es éste, y pertenece al mismo Unamuno: "... el obrar se sigue al ser, y yo le añado que sólo existe lo que obra, y existir es obrar, y si Don Quijote obra, en cuantos le conocen, obras de vida, es Don Quijote mucho más histórico y real que tantos hombres, puros nombres que andan por esas crónicas..." (Vida de Don Quijote y Sancho. p. 113).

Ahora nos queda otro asunto por resolver. Si Don Quijote es real e histórico no por ser obra de Cervantes, sino por su significado ya descrito; si él no es creación del gran novelista, ¿cuál es el mérito de éste?

¡Oh, el mérito es inmenso! Tan grande, que por este libro solamente, su autor está en la cumbre de la literatura española, y en uno de los pináculos de la literatura universal. Es que Cervantes descubrió a Don Quijote en la historia de su patria; él le dió nombre, forma material, cuerpo y figura al alma y al espíritu de su raza. El no creó a Don Quijote, pero lo concibió, lo encarnó y lo hizo aparecer entre nosotros, imperecedero y luminoso. El nos dió al alma colectiva en un hombre.

Toda la historia española anterior al Quijote, es como un Antiguo Testamento que preparó el advenimiento del héroe. Volvamos a Unamuno, su evangelista. Nos dice: "El alma de un pueblo se empuña del héroe venidero antes que éste brote a luz de vida, le presiente como condensación de su espíritu difuso en ella, y espera su advenimiento... El héroe, sentido en preñez augusta, es muchas veces harto sublime para vestir carne mortal, o sobrado estrecho el ámbito que haya de recibirle, brota entonces idea, legendario o novelesco, no de vientre de mujer, sino de fantasía de varón". (El Caballero de la Triste Figura, p. 75 - Col. Austral).

Así fué la epifanía de Don Quijote. Tuvo cuerpo inmaterial merced al genio de Cervantes. Todos los héroes anteriores a él, fueron su prefiguración. España estaba preñada de titanes, y necesitaba dar a luz a todos en uno solo, y éste fué tan grande, que la naturaleza creada resultó pequeña para encerrarlo en el límite de un cuerpo

mortal. Ningún pueblo en el mundo, ninguna raza tiene tal símbolo, porque ninguna ha sido —como la nuestra— capaz de merecerlo, de engendrarlo y de parirlo, y porque, aunque hubiesen tenido ese privilegio, no han podido hallar “fantasía de varón”, como hallamos nosotros en el cerebro que Dios nos prestó en el manco de Lepanto.

Entremos ahora en otro asunto más intrincado. Penetremos en la intención de Cervantes al escribir su fábula. Si el protagonista es una representación de los valores más altos de la Iberia, si el libro todo es un canto épico, lírico y místico de todas las hazañas de la espada, la fe y la inteligencia, ¿le atribuiremos al autor el propósito de cantar las epopeyas españolas en forma de novela, con un protagonista loco, hacedor de una serie de raras acciones?

En ninguna forma. Sería falacia. Pero como mayor necesidad sería no ver en el Quijote nada más que aventuras de un hombre sin juicio, hay que aclarar el asunto.

Cervantes narró queriendo, la vida de su caballero andante. Su intención fué ésa. Tal es lo que se desprende del prólogo. Pero al hacer queriendo una cosa, hizo sin querer otra, por obra de su genio, de subconciencia, de su experiencia. Y eso que escribió sin vislumbrarle un segundo sentido, encierra el significado que vengo señalando, con la ayuda de célebres citas.

Es que Cervantes, fino psicólogo, de alma profundamente bizarra, por ser cristiana y española, conocía la historia de su patria, y tenía en su mente un rico contenido, que, sin querer, fué vertiendo en su libro bajo la forma de descabelladas hazañas.

El ambiente, la tradición, y unido a ellas el talento, influyeron en la pluma del príncipe de los ingenios. Así nos lo da a entender Antonio Sánchez de Bustamante cuando expresa: “Harto demuestra el Quijote, en sus páginas maduras, que Cervantes había estudiado el corazón humano en todas las vicisitudes de su pueblo y de su tiempo, y que de ellas sacó, siempre resuelto, pero muchas veces desgraciado y combatido, la materia prima de su admirable producción”. (Biblioteca Internacional de Obras Famosas, Tomo XXVII - p. 13816). Es que el mundo exterior obra sobre nuestro espíritu sin que nosotros lo notemos, y el sedimento que deja en nuestro interior, aflora de sus recenditeces también sin que nosotros lo advirtamos.

Zorrilla de San Martín, Menéndez y Pelayo, y Unamuno, comprenden que Cervantes fué conducido por Don Quijote.

Zorrilla escribe: "Cervantes no llevó a Don Quijote; era éste quien lo llevaba de ceca en meca, de aventura en aventura..." (El libro de Ruth, p. 30). Menéndez y Pelayo, el erudito crítico, habla en forma análoga: "Cervantes no compuso o elaboró a Don Quijote por el procedimiento frío y mecánico de la alegoría, sino que le *vió* con la súbita iluminación del genio, siguió sus pasos atraído y hechizado por él, y llegó al símbolo sin buscarle, agotando el riquísimo contenido psicológico que en su héroe había". (Estudios de Crítica Histórica y Literaria. Tomo 1 - p. 321 - Ed. Espasa Calpe).

Este párrafo resume, pues, toda la explicación que he dado como antecedente. Y Miguel de Unamuno, con más poesía, pero no menos verdad, escribe: "Por lo cual es de creer que el historiador arábigo Cide Hamete Benengeli no es puro recurso literario, sino que encubre una profunda verdad, cual es la de que esa historia se la dictó a Cervantes otro que llevaba dentro de sí...; un espíritu que en las profundidades de su alma habitaba". ¡Era su aguda visión y su penetrante ingenio, que hacían despertar en su alma más de dieciséis siglos! Vuelve a decirnos Unamuno: "¿no hemos de tener nosotros por el milagro mayor de Don Quijote el que hubiese hecho escribir la historia de su vida a un hombre que, como Cervantes, mostró en sus demás trabajos la endeblesz de su ingenio...? Y esta inmensa lejanía que hay en la historia de nuestro caballero a todas las demás obras que Cervantes escribió, este patentísimo y espléndido milagro, es la razón principal... para creer nosotros y confesar que la historia fué real y verdadera, y que el mismo Don Quijote, envolviéndose en Cide Hamete Benengeli, se la dictó a Cervantes". Todas estas citas son de la Vida de Don Quijote y Sancho, p. 268.

Y así, hubo un hombre que vino para dar testimonio de la raza, que nació para escribir su evangelio, a fin de que por él todos creyesen. Él no era el héroe, sino el que debía dar testimonio del "héroe". El héroe es el alma del pueblo individualizada, que asombra a la tierra. Y el héroe se hizo carne en el legendario caballero hidalgo, y habitó en medio de nosotros. Y nosotros hemos visto su gloria, y la veremos hasta el fin.

¡Dios te salve, España, la España del Pilar y de Covadonga, la de Numancia y de las Navas de Tolosa, la de Lepanto y de Granada, la del Deseubrimiento y la Conquista, la invicta en las derro-

tas de la Invencible y de Trafalgar, la de la Cruz y la espada, de la mística y la ascética, la de Teresa de Jesús y de Ignacio de Loyola, la que en su glorioso embarazo de dieciséis centurias esperó el advenimiento del que en verso de Darío "santificó todos los caminos con el paso augusto de su heroicidad".

¡Dios te salve, España, la de Cervantes y de Don Quijote, porque en tu breviario está toda la filosofía de la estirpe, para que la aprendan todas las generaciones!

¡Dios te salve, porque eres la única tierra que resume en un evangelio tal la historia viva! ¡Dios te salve, porque tú lo mereciste, y nadie más que tú! ¡Dios te salve, Madre España, porque en tu real Quijote está la locura feliz de los santos, de los soldados ciclópeos, de los artistas todos, de los divinos idealistas, de los eternos soñadores, de los realistas espirituales, de los seguidores de la fe, de la belleza y de la gloria!

Germán J. Bidart Campos.

